

le hiciesen traición! ¡Tu oro ha perdido á tu hijo, y en vano querrás hoy socorrerle, porque eres tan pobre como él! ¡Y tú, pequeña víbora, que ahora te haces la hermana amorosa para venir á insultarme después de haber asesinado lentamente á tu marido, sabe que no abandonaré á Alberto hasta verle pedir á mis pies amor y misericordia! ¡Di á tu hermana que esta noche, que antes de tres horas, iré á buscar á su esposo á su misma casa, y que, ó poco podré, ó saldrá de ella conmigo! ¡Padre honrado y timorato, que causaste la desgracia de toda mi vida impidiendo mi matrimonio con tu hijo, ya estás pobre, viejo, y toda tu energía se ha roto entre mis manos como un frágil cristal! ¡Vete! ¡No importa que hagas pedazos mi yugo, porque ya estoy vengada!

La Condesa les volvió la espalda y entró en su dormitorio; ya no era su aspecto débil, sino fuerte y arrogante; mas apenas puso el pie en la alcoba, dió un grito y cayó con la cara contra el suelo.

Cuando la levantaron le acometió un terrible vómito de sangre.

IX

¡POBRE CELIA!

Isidoro Alvareda, Gaspar y Elvira llegaron en breve á casa de Alberto.

Los jóvenes esposos llevaron á su habitación al anciano, é hicieron llamar á María y á su marido.

Alberto se arrojó en los brazos de su padre, derramando lágrimas de alegría y de dolor al mismo tiempo; su corazón le decía que le recobraba después de haberle perdido por espacio de dos años; pero ¡cuándo! Cuando, pobre y dolorido, apenas contaba con el pan preciso.

—¡Hijos de mi alma!—les dijo Alvareda,—sé que la desgracia ha llamado á las puertas de vuestra casa, ¡y lo sé hoy que nada tengo! ¡Hoy que todo ha sido presa de esa infernal mujer! ¡Oh, ha ejercido en mí la más terrible de las venganzas! ¡Ha castigado mi oposición á su casamiento con mi hijo, desposeyéndome de toda mi fortuna al mismo tiempo que desposeía al hombre á quien amaba!

Hablando así, Isidoro, aquel Isidoro tan valeroso, tan arrogante, tan leal, lloraba como una criatura. Celia había agotado no sólo su fortuna, sino también su fuerza, su valor, y todas las dotes nobles y generosas que en el invierno de la vida

hacen á un hombre útil, amable y estimado de la sociedad.

Aquel amor era el castigo de todos los extravíos de su vida pasada; y Luisa debía haber llorado muchas veces á los pies del trono del Señor, para que arrancara del corazón de su marido la fatal pasión que le devoraba y le conducía á una ruina segura.

—¡Valor, padre mío!—dijo Alberto estrechando las manos de Isidoro;—te vuelvo á encontrar, y todo lo demás es nada para mí. ¡Trabajaré, y Dios me ayudará!

Un golpe dado á la puerta cortó en los labios de Isidoro la respuesta que iba á dar á su hijo; éste abrió, y la camarera de María se presentó en el umbral.

—Señora—dijo,—acaba de llegar una dama que se empeña en ver á usted.

—¡Una dama!—repitió María;—dile que pase al salón, que yo voy allá al momento.

Alberto y su padre trocaron una mirada de angustia.

—¡No, no puede ser!—murmuró el anciano, respondiendo al pensamiento que aquella mirada encerraba.

Pero como para dar un mentís á aquella seguridad, una figura enlutada apareció en la puerta.

A pesar de estar cubierta con un velo, todos reconocieron á aquella triste aparición. Era Celia.

María palideció. Alvareda retrocedió hasta la

pared, poseído de espanto. Elvira se adelantó hacia ella con aire amenazador. Gaspar quedó enclavado en su sitio.

En cuanto á Alberto, creyó ser presa de un triste sueño; miraba sin ver á aquella figura delicada, esbelta, casi aérea, que se apoyaba con mano débil en el marco de la puerta; á través del encaje de su velo se notaba la diáfana palidez del semblante de Celia, guarnecido de sedosos cabellos negros; brillaban tristemente sus grandes ojos, y su frente, de un corte lleno de gracia y de pureza, era semejante al marfil.

¡Pobre Celia! Dos años antes la vimos en aquella casa radiante de juventud y de hermosura; hoy entraba en ella agonizando, y semejante á una sombra, melancólica y dolorida de lo que fué.

El silencio reinó algunos instantes; la Condesa parecía respirar con sumo trabajo; su pecho se levantaba con un estertor profundo; por fin levantó con mano trémula el velo que cubría su semblante, alterado por un dolor ansioso y ardiente como su alma.

Sin mirar á nadie más que á Alberto, se adelantó á él y asió, con su manecita delgada y calenturienta, una de las manos del joven; luego le atrajo hacia sí, y le dijo con voz lánguida y sorda:

—¡Alberto, sígueme!

El joven permaneció inmóvil. Un ansia opresora destrozaba su corazón. No era amor, era compasión, remordimiento, angustia. Aquella mujer

le había amado hasta morir por él, y su agonía no podía serle indiferente.

—¡Vamos!—prosiguió Celia;—¡vente conmigo! Esa mujer...—y señaló á Elvira con iracundo ademán,—esa mujer me ha ultrajado... Me ha dicho que ya no me amabas... ¿No es verdad que me lo has dicho?

—¡Sí!—exclamó Elvira con ímpetu;—lo he dicho y te lo repito ahora. Alberto no puede amar á una mujer sin pudor.

—¡Piedad!—exclamó María con voz dulce;—¡piedad para ella, hermana mía! ¿No ves que se muere?

Elvira miró asombrada á su hermana, y vió deslizarse gruesas lágrimas por sus mejillas.

—¿Quién habla por aquí de piedad y de morir?—exclamó la Condesa, volviendo en torno suyo sus tristes ojos;—¿de quién es esa voz consoladora?

—Mía, Celia—dijo la esposa de Alberto acercándose á la desdichada y tomando una de sus manos;—¡soy yo quien te habla y te compadece!

La criolla soltó la mano de Alberto al sentir el contacto de la de su esposa; luego acercó á ésta al balcón de la estancia, iluminada ya con un rayo del sol poniente, y la miró con un ansia mezclada de amargura.

—¡Tú me compadeces!—murmuró con una voz llena de lágrimas.—¡Sí! ¡Ya lo sé hace mucho tiempo!

—¿Lo sabes?

—¿No lo he de saber?... ¿No eres tú la esposa feliz, y yo la amante desdeñada? ¿No eres tú la que ve ceñidas sus sienes con la aureola de la virtud, mientras yo he hollado mi decoro y he arrastrado por el lodo el nombre respetado de mis padres y el ilustre de mi esposo? ¡Ah! ¡Pero cuesta tan poco ser buena cuando es una dichosa! ¡Yo, cuanto he hecho, María, ha sido por olvidar á tu marido..., porque le amaba como sabemos sólo amar allá bajo el ardiente cielo de los trópicos!

—¡Infeliz!—exclamó María enjugando con su pañuelo las gruesas gotas de llanto que se desprendían de los ojos de Celia, como las gotas que preceden á la tempestad de las noches de estío.

—¡Sí, infeliz de mí!—murmuró la Condesa con voz desolada.—¡A pesar de mis esfuerzos, no he podido olvidarle ni una hora..., ni un instante..., y ahora vengo á buscarle!... ¡Déjale á mi lado hasta que muera, que poco tardaré!...

—¿Morir tú, Celia?—exclamó Elvira, que sentía deshacerse su enojo en lágrimas á la vista de aquel tremendo dolor y de aquella agonía horrible;—¿morir tú, tan joven?

—¡Veintiún años!—murmuró la criolla con una triste sonrisa;—á esta edad es muy bella la vida, ¿no es cierto? Y sin embargo..., ¡qué deseos tengo de morir!

—Pero ¿por qué?—repuso Elvira, cuya hermosa y noble alma era más accesible á la piedad que

á la cólera;—¿por qué deseas morir? ¡Ya no tienes aquí enemigos!... ¡Yo, que te aborrecía, te compadezco ahora, porque veo que eres más desgraciada que culpable!

¡Oh, sí; cuán desgraciada he sido!—exclamó la pobre joven.—¡Cuántos días de llanto y fiebre! ¡Cuántas noches sin sueño! ¡Todo, todo por él y, sin embargo, él me aborrece!

—¡No, no, Celia!—dijo María mirándola con afectuoso interés.—¡Ven, siéntate en este sillón, y cree que Alberto, lejos de odiarte, te compadece y te estima!

—¡No puede ser!—murmuró dolorosamente Celia, dejándose caer casi exánime en el anchuroso sillón que Gaspar había aproximado para ella;—¡no puede ser!—prosiguió, meciendo su cabeza;—¡yo le he arruinado á él... y á su padre también!

—¡Dios volverá á darle pan!

—¡Cómo! ¿Qué dices? ¡Le falta hasta el pan!—exclamó la criolla levantándose rígida y agonizante.—¿Tanto daño le he causado? ¡Calláis! ¡Ah, sois todos demasiado generosos, y yo soy demasiado criminal!

Un llanto histérico y desgarrador sucedió á las lágrimas silenciosas que antes habían corrido por las mejillas de Celia; era un torrente que se abría paso á través de aquella alma destrozada por dos años de pesares.

De repente se estancó su llanto, y su respiración se hizo penosa y entrecortada.

—Vamos—dijo haciendo un esfuerzo supremo;—¡vamos, Alberto, ó voy á morir aquí!

—Voy á llamar á un médico—dijo Gaspar á media voz.

Entretanto la criolla dió, vacilante y casi arrastrándose, los dos ó tres pasos que la separaban de Alberto, y se asió á su brazo con la angustia de la desesperación; pero su vista se turbó con una nube de sangre; lanzó un ronco gemido, y hubiera caído al suelo á no haberla sostenido Alberto en sus brazos.

Éste la colocó de nuevo en el sillón, y una congoja mortal embargó á la desdichada joven.

Gaspar salió en busca del médico; pero así él como todos los demás comprendieron que eran inútiles todos los auxilios de la ciencia, y que sólo podían ser útiles á la Condesa los de nuestra santa religión.

En efecto, poco después abrió los ojos la criolla; tendió en torno suyo una mirada empañada, y exclamó con voz débil:

—¡Un sacerdote! ¡Un sacerdote!

—¡Ve á la parroquia, Alberto, porque se muere!—murmuró María.

Celia siguió con una triste mirada al hijo de Alvareda, y pareció enviarle con sus ojos un supremo adiós de despedida; luego se volvió hacia María, y la dijo con voz que apenas podía ya oírse:

—¡Me muero!... ¡Que no vuelva yo á verle, si he de pensar en Dios!

María estrechó la mano de la moribunda, que ya se enfriaba, é hizo una seña á Alvareda, que salió para impedir á su hijo que volviese á entrar.

Un instante después llegó el sacerdote: era un anciano venerable, de aspecto sencillo y casi austero; dejó sobre la chimenea una caja de oro que contenía los santos óleos, y se acercó á la criolla, que había entrado en la agonía.

María y Elvira se retiraron á un gabinete inmediato; las dos lloraban, porque sus corazones eran igualmente sensibles y sus almas igualmente bellas.

X

LA CONFESIÓN

La vista del ministro del Señor, y más aún sus palabras de consuelo, reanimaron á la Condesa, que pudo hacer su confesión, si bien con algún trabajo.

En aquella alma, ardorosa y apasionada, no había más que un crimen: el despojo de Alberto y la ruina de su padre; el amor y la venganza, esas dos pasiones, las más fuertes y las que más azotan á la humanidad, se habían disputado aquella frágil existencia y la habían agostado en flor.

La religión no había aún mostrado á los ojos de Celia todo el tesoro de sus consuelos; huérfa-

na desde la niñez, su tutor no había hecho otra cosa que concederle todo cuanto apetecía, creyendo cumplir así la santidad de su misión; pero nadie más á propósito que el venerable anciano que Dios le había deparado en su bondad, para hacerla comprender toda la belleza y ternura de nuestra sacrosanta religión.

La joven criolla vió el cielo abierto tras de los errores y las faltas de su pasada vida; y lejos de dejar con desconsuelo un mundo cuyo umbral apenas había traspasado su planta juvenil, sintió nacer en su alma el vehemente deseo de volar á una vida mejor.

—Hija mía—la dijo el sacerdote,—usted ha sido más desventurada que culpable, y Dios, padre amoroso y tierno de todos los mortales, la espera para darle una eterna compensación; pobre oveja descarriada en las vastas soledades de la vida, ¿qué extraño es que se haya hundido alguna vez en el cieno de algún inmundo pantano? Pero Dios ve todos los pliegues de nuestros corazones. ¡No es el Dios de justicia y de venganza el que la espera á usted, sino el Dios de las misericordias y de la piedad! ¡La santa Virgen, esa madre amabilísima de la mujer, le sonreirá á su entrada en el cielo, y los ángeles cantarán al verla el himno de bienvenida! ¡Más alegría hay en el cielo cuando entra en él un pecador arrepentido, que cuando pasan sus umbrales las almas de cien justos!

—¡Oh, padre mío! ¡Qué consuelo, qué alegría

derraman en mi alma dolorida sus dulces palabras!—exclamó Celia, cuyos hermosos ojos brillaban como dos estrellas cuando poco antes de ocultarse las hiera el sol de la mañana.—¡Por oír esas cosas tan bellas, por alimentar tan buenas esperanzas, se debe desear morir!

—Para los buenos, hija mía, es dulce la muerte—repuso el ministro de Dios;—usted es buena; sólo ha vivido extraviada; pero el buen pastor llama á su oveja perdida, y le dice por mi voz: «¡Vuelve, mi pobre corderilla, vuelve á tu rebaño, y huye de los lobos carniceros de esas ásperas sierras! ¡Aquí te espera el reposo con mi amor, y te guardo á tus padres, que ansiosos te esperan también!

—¡Ah, sí!—exclamó Celia;—allí están mis padres, ¿es verdad, señor? ¡Mis padres, que tanto me aman; y Job, el viejo negro que me llevaba en sus brazos á pasear á la luna en las noches del estío, por las inmensas sabanas donde se levantan nuestros ingenios; y Virtudes, la negra que me amantó y me enseñó á rezar! Todos estarán allí, ¿no es cierto?

—Todos, hija mía; en el cielo hallamos todo lo bueno que hemos amado en la tierra.

—¡Oh, pero qué viejos serán!—murmuró la criolla.—Mis queridos padres, cuando vivían, tenían ya el cabello blanco; yo era la última de sus diez hijos, que murieron pequeños.

—A todos los verá usted convertidos en ánge-

les alrededor de sus padres, que no habrán envejecido más, sino que serán unos hermosos ancianos.

—¡Pues entonces van á ser muchos á amarme! ¡Y aquí que todos me aborrecían! ¡Vamos, padre mío—añadió Celia,—es preciso que me vaya pronto allá arriba, y para esto voy á concluir con todos los cuidados de acá abajo!

—¿Tiene usted, hija mía, algún encargo que darme?

—¡Sí, padre mío, sí! Uno muy importante.

—Hable usted, yo le cumpliré religiosamente.

—Pues bien, padre mío—dijo la joven americana, cuya voz volvía á debilitarse;—tome usted esta llave.

Y desató de su cuello una cinta negra, de la cual pendía una llave pequeña de plata.

—En mi casa, calle de Alcalá, núm. 10, en un gabinete redondo..., cuyas paredes son de espejo, hay un armario en el ángulo de la derecha..., junto al balcón...; se abre... en una moldura dorada... con esa llave...

—Comprendo, hija mía, y le encontraré.

—Pues bien...: allí..., en un cofrecito de ébano..., está todo lo que me resta...; aún debe haber más de un millón... Eso es de Alberto..., porque esa y mayor cantidad le he hecho perder con mis intrigas...; pero no se lo dé usted á él..., porque no quería nada de mí... y lo daría á los pobres...; y como él... es ahora también muy pobre..., es ne-

cesario que yo remedie el daño que le he... causado...

—¡Sí, hija mía, sí! ¿Pero no es ese dinero herencia de alguna otra persona?... ¿No tiene usted parientes?...

—¡No, padre mío!... Mi esposo es muy rico... Eso es mío... y, por tanto, debe volver á... los que he despojado...; para eso... y para que lo admitan... no debe usted dárselo á Alberto..., sino... á su padre, despojado... también por mí...

—Lo haré así...

—Y no le diga usted..., padre mío, que ese dinero... me pertenece...; no..., porque tampoco lo admitiría... El ha jugado mucho...; dígame usted... que es una restitución... de un dinero que le ganaron... mal... De ese modo..., el padre socorrerá al hijo...; tan segura estoy de eso, que yo le despojé para que no lo hiciese...; y Alberto... volverá á prosperar en su fortuna... ¡Yo rogaré á Dios que no le abandone..., que le proteja siempre!... ¡Y ahora, padre mío..., llame usted á esas dos jóvenes..., á ellas solas..., para que yo les dé el último adiós!...

El sacerdote abrió la puerta, y las dos hermanas se precipitaron en el aposento y se arrodillaron á los dos lados del sillón de la moribunda.

Aquellas dos bellas jóvenes se asemejaban á dos ángeles que venían á buscar, para llevarla al cielo, á un alma enferma y dolorida, porque la

dulce figura de Celia nada tenía ya tampoco de terrestre.

No quedaba en ella más que el espíritu. Su boca sonreía con plácida y seráfica expresión; radiaba en su frente la serenidad augusta de los justos, y sus pequeñas manos se cruzaban sobre su demacrado pecho como si orase fervorosamente.

María y Elvira, embargadas por el llanto, apenas podían mirar á Celia; ya no existía la enemiga; sólo quedaba allí la desdichada mártir.

—¡Adiós!—dijo la Condesa, separando sus manos y alargándolas á las jóvenes;—¡perdonadme todo... el mal que os he hecho..., á ti... sobre todo, María!...

Luego, inclinándose hacia Elvira, añadió con una voz que parecía un soplo:

—¡No le digas... que he muerto pensando... en él!...

Después alzó al cielo sus ojos, y murmuró:

—¡Dios mío, acógeme en tu seno!

Celia pronunció estas palabras con voz clara y entera; pero su cabeza se dobló sobre su pecho, y su rostro se cubrió con las sombras de la muerte.

El sacerdote acercó á sus sienes los santos óleos, y dijo con acento solemne:

—¡Sube, pobre alma arrepentida, sube al cielo! ¡Ya eres una santa en el seno del Señor!

María y Elvira dejaron escapar un sollozo.

Celia había muerto; sus últimos instantes fue-

ron rodeados de pureza; sólo aquellas dos jóvenes, modelos de virtud, velaron su agonía.

María se levantó y cerró piadosamente los bellos ojos de Celia; luego la besó en la frente, con la triste ternura de una hermana.

—¡Descansa en paz—le dijo—y ruega á Dios por mí, pues ya eres ángel de luz, á los pies de su trono de gloria!

FIN DE LA PARTE SEXTA

EPÍLOGO

Tres meses después, María, Alberto, Elvira, Gaspar, Miranda y Alvareda se hallaban en Granada.

María, su marido y el padre de éste habían ido á instalar á los recién casados en la casa solariega que el novio poseía en la hermosa ciudad de Boabdil.

Los funerales de Celia fueron tan suntuosos y magníficos como correspondía á su alto rango.

Gaspar había escrito al Conde de las Navas, que se hallaba en Alemania, el fallecimiento de su mujer; pero aquel hombre egoísta, cruel y endurecido en toda clase de vicios y desórdenes, ni aun contestó á la carta.

—Toma—dijo María al esposo de su hermana, entregándole un estuche de terciopelo;—éste es el regalo que me hizo al casarme la desdichada Celia, y que nunca he querido ponerme; sirvan estos diamantes para sus funerales, ya que nadie en el mundo quiere prestarle este deber, y con el resto